



06 10 2026

EL FINAL DEL CAMINO

El viaje de Enrico Monari no terminó en Cabo Norte. Después de 4.711 kilómetros y 62 días de camino, la llegada al célebre **globo de Nordkapp** marcó un hito importante, pero su aventura aún no había terminado. Desde allí, Enrico volvió a ponerse en marcha junto a Roberta, sumando otros 1.200 kilómetros a una experiencia que nos ha contado con emoción.

De todos los momentos vividos, hay uno que Enrico recuerda con especial intensidad: **el final del camino, en las islas Lofoten.**

Después de recorrer casi **6.000 kilómetros** en bicicleta, el momento más difícil de aceptar no fue una subida, un día de lluvia ni uno de los muchos imprevistos afrontados durante el trayecto. Fue darse cuenta de que el viaje realmente había llegado a su fin. Al día siguiente tomaría el ferry a Bodø y, desde allí, el avión de regreso a Italia.

«Fue como una puñalada en el corazón. Cuando vuelvo a pensar en ello, todavía se me saltan las lágrimas. Llegar a Cabo Norte fue maravilloso, pero llegar al final del camino, después de todos aquellos kilómetros, fue **una emoción única e intensa**».

Cuando partió, Enrico imaginaba compartir su viaje en las redes sociales únicamente a través de algunas fotografías y unas pocas actualizaciones. Pero, al ver cómo crecía el interés por su aventura, empezó a compartir con mayor frecuencia lo que estaba viviendo, hasta alcanzar alrededor de **11.000 seguidores** en Italia y en el extranjero.

Algunos de ellos comenzaron a seguirlo precisamente después de conocerlo durante el recorrido. Entre ellos está Benjamin, un joven de treinta años al que conoció mientras pescaba desde un puente y con quien nació una amistad alimentada por su pasión común por la aventura. Juntos pasaron varias tardes alrededor del fuego, cocinando el pescado recién capturado. O Joaquine, de veintidós años, a quien conoció mientras atravesaba Noruega en una bicicleta Graziella, rumbo a Alemania para reunirse con su novia.

Encuentros diferentes, que a veces duraron unas pocas horas y otras varios días, pero que acabaron formando parte del viaje tanto como los lugares recorridos.

Cuando el camino se pone difícil

Hubo un momento en el que todo estuvo realmente a punto de detenerse: en Berlín, cuando se rompió la bicicleta.

Enrico tuvo que regresar en avión a San Felice sul Panaro para conseguir una bicicleta nueva y, en cuanto pudo, volvió en tren a Berlín. Fueron pocos días, pero muy intensos, en los que durmió y comió muy poco, con un único pensamiento: **retomar el viaje** desde el punto exacto en el que se había interrumpido.

Una vez recuperados la tienda y el equipo, cargó todo en la nueva bicicleta y a la mañana siguiente volvió a ponerse en marcha. Ese día recorrió 148 kilómetros casi sin darse cuenta. Poco después sería **Finlandia** la que volvería a ponerlo a prueba.

Allí pasó dos días en una zona completamente rodeada de bosques, sufrió catorce pinchazos y tuvo que administrar con cuidado las escasas provisiones que llevaba consigo: una botella de agua y una barrita Mars dividida en cuatro pequeñas porciones. A su alrededor, lagos, mosquitos, renos, alces, zorros e incluso carteles que prohibían acampar en algunas zonas debido a la presencia de víboras.

Fueron también estos momentos los que le hicieron comprender hasta qué punto viajar en bicicleta le permitía vivir de una manera diferente todo lo que lo rodeaba. Pedaleando tuvo tiempo para **observar** con calma, **percibir** los aromas de la naturaleza y **sentirse** realmente parte de los paisajes que atravesaba. Sensaciones que, en coche o en moto, no habría podido experimentar con la misma intensidad.

De Cabo Norte a las islas Lofoten

Frente al globo de Cabo Norte, después de recorrer 4.711 kilómetros desde San Felice sul Panaro, Enrico **se emocionó**. Una emoción inmensa, llegada después de semanas de bicicleta, lluvia, viento e imprevistos, pero también de encuentros, descubrimientos y satisfacciones.

Cabo Norte marcó también el comienzo de un nuevo capítulo de la aventura. Roberta se reunió con él en Honningsvåg y, a partir de ese momento, continuaron **juntos** hacia las islas Lofoten. Enrico redujo el ritmo, pasando de unos cien kilómetros al día a etapas de 45-50 kilómetros y adaptándose a una forma de viajar completamente diferente. En veinticinco días recorrieron juntos alrededor de 1.200 kilómetros.

Pasaron la mayoría de las noches en campings pero, cuando el lugar lo permitía, acampaban directamente en la playa, a pocos pasos del mar. Por la noche buscaban leña para encender una hoguera, porque el frío se hacía sentir, con temperaturas que bajaban hasta los siete u ocho grados. El fuego se convertía así en la forma más sencilla de calentarse y terminar el día, acompañados por el sonido del mar.

Entre las imágenes que Enrico guarda de aquellos días está **una pasarela de madera que atraviesa la montaña y se abre de repente hacia el fiordo**, uno de esos lugares en los que se sintió completamente inmerso en la naturaleza. Y también está el regreso a Cabo Norte junto a Roberta: cuando llegaron frente al globo, el cielo estaba oscuro y cubierto, pero en cuestión de minutos las nubes se abrieron dejando paso al sol. Un momento inesperado que hizo aún más especial un lugar que ya estaba cargado de significado.

No solo lugares

De los lugares que atravesó, Enrico se llevó consigo paisajes, aromas y silencios, pero lo que más le impresionó fue la hospitalidad que encontró a lo largo del camino.

En varias ocasiones llegó a viviendas aisladas y simplemente preguntó si podía montar la tienda en el jardín. Los habitantes del lugar siempre se mostraron disponibles y, una vez que conocían el proyecto **«Una Pedalata per la Vita»**, a menudo buscaban alguna forma de aportar su ayuda: algunos le ofrecían una habitación, otros le hacían un precio especial y otros simplemente le echaban una mano.

Hoy, cuando vuelve a mirar las fotografías o cuenta su aventura, la emoción regresa de inmediato.

«Lo echo todo de menos. Volvería a salir ahora mismo. Allí dejé el corazón».

Echa de menos la carretera, los paisajes, los encuentros inesperados y aquella vida cotidiana hecha de kilómetros al aire libre. **Volver a casa, sin embargo, también significó reencontrarse con esos pequeños placeres que había echado de menos durante el viaje:** una pizza, los gnocchi fritti y las tigelle.

Ahora, con la llegada del invierno, Enrico ha decidido parar durante un tiempo. Sigue teniendo en mente la idea de reunir sus viajes en **un libro**, pero ya hay espacio para empezar a pensar en el próximo viaje, quizá esta vez junto a un grupo de compañeros.

Y precisamente después de recorrer con él de nuevo casi 6.000 kilómetros de camino, le preguntamos qué consejo quería dejar a todos los que hemos seguido su aventura:

«Haced lo que sintáis que queréis hacer y lo que creáis que podéis hacer. Si realmente creéis en ello, conseguiréis completar el reto. Es la mente la que te da la fuerza para seguir adelante. El cuerpo se acostumbra. Hay que reaccionar, dejar atrás lo que ha sucedido y mirar hacia delante».

Antes de partir se había definido como «un loco».

Le preguntamos si todavía mantenía esa definición. Sonrió:

«Aún más. Soy mucho más que un loco».

Y, después de escuchar el relato de todo lo que ha vivido, no podemos más que darle la razón.